

Segun la estadística más desfavorable á la Iglesia Católica, pues es formada en Alemania por estadistas protestantes nada amigos y favorecedores de ella, resulta que su aumento de siglo en siglo es el siguiente:

Siglo I.....	500,000
Siglo II.....	2.000,000
Siglo III.....	5.000,000
Siglo IV.....	10.000,000
Siglo V.....	15.000,000
Siglo VI.....	20.000,000
Siglo VII.....	25.000,000
Siglo VIII.....	30.000,000
Siglo IX.....	40.000,000
Siglo X.....	56.000,000
Siglo XI.....	70.000,000
Siglo XII.....	80.000,000
Siglo XIII.....	85.000,000
Siglo XIV.....	90.000,000
Siglo XV.....	100.000,000
Siglo XVI.....	125.000,000
Siglo XVII.....	185.000,000
Siglo XVIII.....	250.000,000
Siglo XIX (hasta ... 1876.).....	260.000,000

Nótese en este movimiento: 1.º que ha sido siempre creciente, sin que una sola vez haya sucedido que en un siglo haya menos que en su anterior; 2.º que en los siglos que ha sido mayor la persecucion, y en los que ha habido mayores defecciones como son los últimos cuatro, el aumento ha sido mayor y las repeticiones mas abundantes.

En presencia de estos guarismos,

nuestros lectores conocerán mejor el valor que deben dar á esas frases rídiculas que algunas veces hemos oido repetir á nuestros racionalistas:

“El catolicismo ha muerto ó está muriendo;”

“La Iglesia Católica es un edificio en ruinas, que va á desplomarse al empuje de la civilizacion y de la filosofía;”

“Ya pasó la época del Catolicismo: estamos ahora en una nueva era de progreso.”

Estos tristes profetas que viven dispuestos á cantar los funerales de la Iglesia Católica y á cavarle la sepultura, sufren terribles desengaños al contemplar que la moribunda se levanta á cada paso llena de juventud y con mayor vitalidad.

DEFUNCION.

Despues de la muerte reciente del Illmo. Sr. Dr. D. Nicanor Corona, Obispo de San Luis, ahora tenemos que lamentar la de otro miembro del Episcopado Mexicano, del Illmo. Sr. Dr. D. Juan B. Ormaechea, Obispo de Tulancingo, acaecida en aquella ciudad el 19 del pasado.

R. I. P.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4. Guadalajara, Mayo 8 de 1884. NUM. 33.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

CARTA ENCICLICA

de N. S. Padre al Episcopado Francés.

(Concluye.—Véase el número anterior.)

Esta solicitud por la educacion de sus hijos, es la ley divina de concierto con la ley natural, que la impone á los padres, y nada podría dispensarles de ella. La Iglesia, guardian y reivindicadora de la integridad de la fé, y que en virtud de la mision que recibió de Dios, su autor, debe llamar al conocimiento de la verdad cristiana á todas las naciones, y vigilar con cuidado las enseñanzas dadas á la juventud colocada bajo la autoridad de la Iglesia, ha condenado siempre abiertamente las escuelas llamadas *mixtas ó neutrales*, y ha advertido frecuentemente á los padres de familia á fin de que estén siempre alerta sobre este punto tan importante. Obedecer en esto á la

Iglesia, es hacer una obra de interes social y atender excelentemente á la comun salud. En efecto aquellos cuya primera educacion no ha sentido la influencia de ninguna religion, crecen sin tener nocion alguna de las más altas verdades, de aquellas que son las únicas que pueden conservar en el hombre el amor á la virtud y dominar sus malas pasiones; tales son las nociones que afirman un Dios Creador, juez y vengador, las recompensas y castigos de la vida futura, las celestiales recompensas que nos promete Jesucristo por el cumplimiento escrupuloso y santo de todos nuestros deberes. Sin estas enseñanzas todo cultivo de la inteligencia será un cultivo malsano.

Los jóvenes á quienes no se haya inspirado el amor de Dios, no podrán observar ninguna de las reglas de que depende la honestidad de la vida; no pudiendo negar nada á sus pasiones, fácilmente se dejarán arrastrar á sembrar la turbacion en el Estado.

y por lo que toca á los proyectos formados por algunos contra la Iglesia, no habeis olvidado demostrar cuán perniciosos son al mismo Estado. Así es que nadie podrá acusaros de que os inspirais en consideraciones humanas, ó de que sois hostiles al gobierno establecido. En efecto, cuando se trata del amor de Dios, cuando está en peligro la salvacion de las almas, es vuestro deber tomar de la mano la proteccion y la defensa de todas estas causas.

Seguid, pues, cumpliendo con prudencia y firmeza los deberes del episcopado, enseñando los preceptos de la doctrina celestial, é indicando á vuestro pueblo el camino que debe seguir en tan desolados tiempos. Es necesario que todos vosotros tengais las mismas miras, los mismos proyectos, y allí donde el interes es comun, unánime debe ser tambien la razon de obrar. Procurad que haya por todas partes escuelas en donde los niños sean instruidos en las verdades santas y en los deberes para con Dios; en donde aprendan á conocer perfectamente á la Iglesia, á escuchar sus enseñanzas y á persuadirse de que se debe estar pronto á sufrirlo todo por su causa.

Numerosos son en Francia los hombres eminentes que han dado el grande ejemplo de afrontar todos los peligros y aun de exponer su vida por la fé cristiana. En estos tiempos de trastornos que acabamos de

recordar, se vieron hombres de una fé invencible que por sus virtudes y al precio de su sangre sostuvieron el honor de su nacion. Y aun en nuestros mismos dias vemos en Francia que la virtud subsiste firme con la ayuda de Dios en medio de mil peligros. El clero se dedica al cumplimiento de todos sus deberes, y con esa caridad, que es la dote del sacerdocio, se muestra siempre dispuesto á sacrificarse al servicio del prójimo. Los fieles en gran número, profesan la fé católica abiertamente y con valor; manifiestan frecuentemente y de todas maneras, su adhesion á la Santa Sede; al precio de grandes sacrificios y grandes esfuerzos, cuidan de la educacion de la juventud, y con admirable generosidad vienen en socorro de todas las necesidades públicas.

Pero todos estos bienes que son de feliz presagio para Francia, no solo importa que se conserven, sino que es necesario aumentarlos tambien por medio de una emulacion comun y perseverante actividad. Ante todo, es necesario cuidar de que el clero se enriquezca más y más con hombres capaces. Que la autoridad de los obispos sea sagrada para los sacerdotes, que sepan bien que si no se ejerce el ministerio sacerdotal bajo la direccion de los obispos, no será ni santo, ni plenamente útil, ni honrado.

Es preciso, además, que los laicos distinguidos que aman á la iglesia,

Nuestra Madre comun, y que con sus palabras y escritos pueden sostener útilmente los derechos de la Religion católica, multipliquen sus esfuerzos para su defensa. Pero para obtener este resultado es preciso de toda necesidad, el acuerdo de las voluntades y la conformidad de accion. Nuestros enemigos, en efecto, nada desean tanto como las disensiones entre católicos; toca á estos comprender cuánto les importa esencialmente el evitar las disensiones y acordarse de la divina palabra: *Todo reino dividido contra si mismo, será desolado.* Si para conservar la union se necesita á veces renunciar á su opinion y juicio particulares, hágase esto con gusto en pro del bien comun. Que los escritores no omitan esfuerzo alguno por conservar la concordia entre los espíritus; que cada uno prefiera el interés de todos á su propia ventaja; que sostengan las obras comunzadas para el bien comun; que sea su regla someterse con piedad filial á los Obispos que ha puesto el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios; que respeten su autoridad y no emprendan nada sin su voluntad, por que en los combates por la religion, son los jefes á quienes debe seguirse.

En fin, segun la costumbre seguida por la Iglesia en las circunstancias difíciles, que todo el pueblo fiel, excitado por vuestros cuidados, no cese de dirigir á Dios oraciones, con-

jurándole á que dirija sus miradas sobre Francia, y que permita que su misericordia venza su colera. El desenfreno de la palabra y de la prensa ha ultrajado muchas veces á la Majestad Divina. Hay hombres que no solamente se muestran ingratos para con el Salvador del mundo, Jesucristo, y repudian sus beneficios, sino que llegan hasta tener á gloria no creer ni aun en la existencia de Dios. Toca á los católicos principalmente reparar por un grande espíritu de fé y de piedad esos extravíos del espíritu y de la accion, y atestiguar públicamente que nada desean más que la gloria de Dios, ni nada quieren más que la religion de sus padres. Que aquellos principalmente que están más ligados á Dios y cuya vida se pasa en los claustros, se exciten á una caridad cada dia creciente, y se esfuercen por su humilde oracion, sus sacrificios voluntarios y la ofrenda de si mismos, en hacer favorable al Señor. Así sucederá, confiamos en ello, que por el socorro de la divina misericordia, los extraviados abandonarán sus errores y el nombre francés recobrará su antigua grandeza.

En todo lo que Nos hemos dicho hasta aquí, venerables hermanos, reconoced el amor paternal y profundo afecto que profesamos á Francia toda. Así, no dudamos de que Nuestro vivisimo interes por vosotros sea propio para fortificar y estrechar los

Consideremos ahora las verdaderas y saludables relaciones establecidas entre la autoridad espiritual y la temporal por un cambio recíproco de derechos y deberes. Así como hay aquí en la tierra dos grandes sociedades, la sociedad civil que tiene por fin próximo el procurar al género humano los bienes del orden temporal y terrestre, y la sociedad religiosa cuyo objeto es el conducir á los hombres á la verdadera felicidad, á esa eterna felicidad del cielo para que han sido creados; así tambien hay dos potestades sometidas ambas á la ley natural y eterna, y encargadas de atender, cada una en su esfera, á las cosas sometidas á su imperio. Pero siempre que se trata de arreglar lo que por diversos títulos y por diferentes motivos igualmente interesa á los dos poderes, el bien público pide y exige que se establezca entre ambos un acuerdo.

Que desaparezca este acuerdo, y al punto se produce una especie de inquietud é inestabilidad que no puede conciliarse ni con la seguridad de la Iglesia, ni con la del Estado. Y hé aquí por qué cuando se ha establecido un orden de cosas entre el poder público y el eclesiástico, el interés público no menos que la equidad, exige que permanezca incólume el acuerdo, porque si por ambas partes se prestan servicios mutuos, de ambas partes igualmente se

disfruta de los beneficios de esta recíproca inteligencia.

En Francia, á principios de este siglo, al salir de las grandes agitaciones y del régimen del terror, los mismos jefes del gobierno juzgaron que el mejor medio de levantar á la sociedad fatigada de entre tantas ruinas, era el restablecer la religion católica. Previendo las ventajas futuras, Pio VII nuestro predecesor, se prestó á los deseos del Primer Cónsul, llevando su condescendencia é indulgencia tan léjos cuanto se lo permitia su cargo. Convínose en los puntos principates, se echaron los fundamentos y se abrió una vía segura al restablecimiento de la religion y futura consolidacion. Y en efecto, desde esa época y en lo futuro tomaron varias medidas que aconsejaba la prudencia para la seguridad y honor de la Iglesia. De aquí nacieron grandes ventajas, tanto más apreciables cuanto que en Francia los intereses religiosos estaban muy comprometidos y casi desesperados. La dignidad de la religion fué de nuevo públicamente honrada, y las instituciones cristianas recobraron su vida; pero al mismo tiempo la patria recogió de este mismo hecho maravillosas ventajas. Salida apenas de las agitaciones de la tempestad, en su ardiente deseo de cimentar sólidamente la tranquilidad y el orden en el Estado, comprendió que la Re-

ligion católica le procuraba felizmente estas ventajas, y el pensamiento de un concordato fué entonces el de una política prudente hábil en preveer el bien público. A falta pues de otras razones, bastarian hoy para conservar la paz, los motivos que hicieron se formara. Porque en ese ardor general que impulsó á novedades de todo género, en esa inquieta expectativa de un porvenir desconocido, es cometer una imprudencia capital el sembrar los gérmenes de discordia entre los dos poderes, y poner obstáculos á la acción benéfica de la Iglesia.

Y no obstante vemos con ansiedad en estos últimos dias, que aparece este peligro; porque existen ya hechos, y otros se preparan opuestos al bien de la Iglesia, al mismo tiempo que enemigos de la religion se encarnizan en hacer sospechoso y odioso al catolicismo, señalándolo como enemigo del Estado. Los proyectos de los que aspiran á la separacion de la Iglesia y el Estado, y quieren romper tarde ó temprano el acuerdo saludable y legalmente establecido, concluido con la Santa Sede Apostólica, no nos produce ménos cuidados y angustias.

En estas circunstancias, nada hemos omitido por nuestra parte de lo que parecian reclamar las circunstancias. Hemos ordenado tan frecuentemente como fué necesario, á nuestro Nuncio Apostólico, que eleva-

se reclamaciones que fueran acogidas por los que gobiernan la cosa pública en un espíritu de equidad. Nos mismo, cuando se dió el decreto de supresion de las comunidades religiosas, expresamos nuestras opiniones en una carta dirigida á nuestro querido hijo el Cardenal de la Iglesia Romana, Arzobispo de Paris.

Además, escribiendo en el mes de Junio último al Presidente de la República, hemos deplorado todas las demás empresas perjudiciales á la salud de las almas y que hieren los derechos de la Iglesia. Lo hicimos, urgi los tanto por la santidad y grandeza de nuestro cargo apóstolico, como por el ardiente deseo de conservar en Francia santa é inviolable la heredad de la religion. Con esta mente y con la misma constancia, Nos hemos resuelto á defender siempre en lo porvenir los intereses católicos en Francia. En el cumplimiento de este deber que Nos impone la justicia, habeis sido siempre, Venerables Hermanos, Nuestros valerosos cooperadores. Porque reducidos á deplorar la suerte de los religiosos, habeis hecho al ménos lo que estaba en vuestra mano; no habeis abandonado en su prueba sin defenderlos á esos hombres que tan bien habian merecido del Estado como de la Iglesia. Y ahora, en cuanto lo permiten las leyes, vuestros pensamientos se dirigen á procurar á la juventud una buena educacion;